

presta acomodo y una gracia singular. Cuando ya ha pasado un siglo de análisis de la lengua, que la ha trabajado y recortado por el uso, el encanto indefinible se halla perdido; el artificio está realmente en querer volver atrás.

Y ahora, si en todo lo que precede les parece á algunos espíritus descontentadizos que hemos llevado demasiado lejos la admiración de Madama de Sévigné, que nos permitan que le hagamos esta pregunta : ¿ La han leído? Y entendemos por leer, no recorrer al azar algunas de sus cartas, no limitarse á dos ó tres que gozan del renombre de clásicas, la del matrimonio de Mademoiselle, la de la muerte de Vatel, la de M. de Turenne, y la de M. de Longueville; que entren paso á paso en los diez volúmenes de cartas (sobre todo aconsejamos la edición de Monmerqué y de Saint-Surin), que las sigan todas, sin *divisiones*, como ella dice, hacer con ella como con *Clarisse Harlowe*, cuando tengan quince días de descanso y de lluvia en el campo. Después de esta prueba muy poco terrible, que se agreguen á nuestra admiración si tienen valor para ello y si desde luego se acuerdan de las lecturas todavía.

Mayo 1829.

DE LA NOVELA ÍNTIMA

ó

MADemoiselle DE LIRÓN (1)

Por muy agitados que sean los tiempos en que se vive, por muy corrompidos y áridos que se les pueda juzgar, son seguros ciertos libros exquisitos que encuentran el medio de nacer; hay siempre corazones selectos que los producen silenciosamente en la sombra, y otros corazones esparcidos aquí y allá para recogerlos. Estos son libros que no parecen libros, y que muchas veces no lo son; son sencillos y discretos destinos sembrados por el azar en los senderos, fuera del gran camino polvoriento de la vida, y que al separarse de éste, y al acercarse á ellos, se apoderan de nosotros con los perfumes suaves de sus flores silvestres, cuyas especies se creían desaparecidas. La forma bajo la que se realizan estos delicados sentimientos de algunas almas, es variable y bastante diferente. A veces se encuentran, en un cajón, después de una muerte, cartas que no debían ver nunca la luz del día. Otras, el amante que sobrevivió (pues el amo es quien inspira estos tesoros ocultos), el amante que sobrevivió, se consagra á un recuerdo fiel, é intenta en su pena, valiéndose de la armonía y del arte, transmitir este recuerdo y eternizarlo. Entrega á los lectores ávidos de esta clase de emociones, alguna historia un poco alterada; pero que bajo el disfraz de estas apariencias, se conoce que una verdad muy

(1) Los que tengan en cuenta la fecha de este artículo (Julio 1832) notarán que es la primera vez que se habla de la *Novela íntima*, de cuyas palabras se ha abusado tanto después.

honda le anima. Otras, el amante guarda para él su secreto y prepara para los tiempos en que ya no existe, una confidencia, una confesión que de buena gana titularía como Petrarca uno de sus libros, *Su secreto*. Y, por último, otras veces, es un testigo, un depositario de la confidencia, quien la revela, cuando los protagonistas muertos aún conservan el calor de la vida ó están ya helados al cabo de los años. Hay ejemplos de todas estas especies entre las producciones nacidas del corazón; y estas formas de salir á la luz son insignificantes y no tienen importancia, con tal de que no ahoguen la verdad y dejen al ojo del alma penetrar hasta el fondo. Si se nos exigiese dar nuestra opinión, diríamos que, aparte la forma ideal, armoniosa, única, en la que un arte divino se apodera del sentimiento humano y lo eleva hasta dibujarlo en los cielos, como Rafael pintaba en el Vaticano, como Lamartine hizo para *Elvira*, aparte de este caso incomparable y glorioso, todas las formas intermediarias perjudican más ó menos, según lo que se alejen del detalle puro y sencillo de las cosas pasadas. Lo mejor, según nosotros, es sujetarse estrechamente á la verdad, y que el objetivo de novelar no nos ciegue (1), omitiendo algunas con buen gusto, pero prescindiendo escrupulosamente de añadir nada. También las cartas escritas en el momento de pasión y todos los actos sucesivos, son inapreciables y tienen en su desorden un encanto singular. Son conocidas las de una portuguesa, que desgraciadamente son muy cortas y que están incompletas. Las de Mlle. de Lespínasse, largas, bien explícitas

(1) « Todas las historias de Astrea tienen un fondo verdadero, pero el autor las ha novelado, si se puede usar esta palabra. » Patru es quien dice esto (*Obras diversas*, tomo II), en sus curiosos estudios sobre la obra D'Urfé. El sentido que da á la palabra de novelar es el de idealización, de ennoblecimiento y de quintaesencia de las cosas reales, su traducción á la luz de la luna. Así, en lugar de hablar de la impotencia de su hermano mayor, D'Urfé dice que el pretendido amante es una muchacha disfrazada de hombre, y que la enfermedad secreta que cogió por abnegación la princesa de Condé habla de una belleza que se estropea la cara con la punta de un diamante.

y cada vez más fogosas como la pasión que las inspiró, tendrían más dulzura si el hombre á quien están dirigidas (M. de Guibert) no la impacientase y no la hiriese con la gravedad afectada y pedante que se le supone, y por su egoísmo, que es bien patente. Las cartas de Mlle. Aissé, las menos conocidas de todas las cartas de mujeres, son las más encantadoras, no tan sólo por ellas mismas, sino también por lo que las rodea.

El autor de Mlle. Justine de Lirón (M. E. Delécluze), que conoce esta literatura amable é íntima mucho mejor que nosotros, acaba de añadir una emocionante historia, que aunque nos ofrece bajo la forma de novela, guarda en cada línea las huellas de la realidad observada y sentida. Para el que se complace con estas ingeniosas y tiernas lecturas; para el que ha tenido una mirada sentimental, como el piloto la tiene para la orilla, para aquella sociedad desde hace ya mucho tiempo fabulosa de las La Fayette y las Sévigné; para quien ha perdonado mucho á Madama de Maintenón por sus cartas tan emocionantes, tan sensatas y tan unidas; para quien, de buena gana, habría coincidido con Mlle. de Montpensier en aquel retiro quimérico y divertido, cuya descripción hace á Madama de Motteville, en el que había toda clase de placeres solitarios, honestos, y toda clase de conversaciones permitidas, en el que habría pastores, carneros, ausencia del amor, un mallo, y en la vecindad, no muy lejano, un convento de carmelitas situado en un bosque, y establecido según la reforma de Santa Teresa; para quien más tarde acompaña con la mirada del alma á Mlle. de Lannay, muy joven y pobre interna del convento, al anfiguio y un poco triste castillo de Silly, enamorada del joven conde y haciendo partícipe de su despecho á Mlle. de Silly en una avenida del bosque, á lo largo de un plantío de carminos detrás del cual se encuentra el conde y puede escucharlo todo; para quien se ha acostumbrado á la sociedad más seria de Madama de Lambert, y á sus disertaciones nutridas de cristianismo y de antigüedad con Sacy; para quien ha seguido á

Mlle. Aissé hasta Ablón, en donde todas las mañanas salía á cazar pájaros; á Diderot á casa de Holbach, en Granval; á Jean-Jacques á los pies de Madama de Houdetots, en el bosque, para quien, por último, busca contra el fracaso y la pesadez de nuestros días un alivio, un refugio pasajero cerca de las almas amantes y delicadas de las antiguas generaciones, cuyo lenguaje sencillo está ya lejos de nosotros, como así su género de vida y sus placeres; para éste, Mlle. de Lirón no tiene más que presentarse, es la bienvenida; se la comprenderá se la amará; á pesar de su carácter, que nos sorprende; de sus maneras, un tanto irregulares; de su acento, á veces provinciano; á pesar de la impropiedad de algunas de sus frases, que la *corte* no ha podido pulir (puesto que ya no había *corte*), se notará lo mucho que vale, y le encontraremos hermanas. Ya le hemos encontrado tres; una, ya nombrada: Mlle. Aissé; las otras dos, Cecilia y Calixta de las *Cartas de Lausanne*. Mlle. de Lirón no niega su parentesco. Aunque un poco razonadora, permanece siempre tan inocente como es posible serlo hoy, y lo que ella acepta desde luego lo ama como es preciso amar.

Mlle. de Lirón, es una muchacha de veintitrés años que vive en Chamalières, cerca de Clermont-Ferrand, en Auvernia, con su padre, el señor de Lirón, cuya vejez alegre y cuya casa gobierna, atendiendo á los menores detalles, vigilando con prudencia los bienes, las cosechas, los prados y la educación de su primito Ernesto, que tiene cuatro años menos que ella, y que hace otros tantos ha venido del Seminario de Clermont á instalarse en casa de su tío y tutor. El padre de Ernesto estaba en las embajadas; el señor de Lirón cree que lo más natural es que su sobrino pertenezca á ellas; ya está en edad de ingresar, y piensa en uno de sus antiguos amigos, M. de Thiezac, quien á su vez, viéndose en los límites de un prudente celibato, piensa que le convendría Mlle. de Lirón y llega á Chamalières después de haber pedido su mano. Mas, Ernesto está enamorado de su prima, ésta ama también á su primo;

pero, más bien es un amor de madre y con gusto le trata como á un hijo. Mlle. de Lirón aun siendo aldeana, tiene un espíritu maduro y culto, un carácter firme y prudente, un corazón que ha pasado por todas las pruebas: ha sufrido y ha reflexionado. Un año antes de que Ernesto viniese del colegio á habitar el castillo, parece ser que alguien que Mlle. de Lirón amaba murió en un poco de tiempo que estuvo ella ausente; á su vuelta llevó luto y coincidía esta época con la famosa batalla de B... (¿ acaso Bautzen?) en la que perecieron tantos oficiales franceses.

¿ La heroína ha amado ya? ¡ Cómo! ¿ Ernesto no es el solo, el único? ¿ Habrá tenido un rival en el corazón y quién sabe si en los brazos de su encantadora prima? ¡ Y si fuese así! ¿ Dios mío qué hacer? El historiador verídico de Mlle. de Lirón podría contestar como Mlle. de Launay decía de una de sus inclinaciones poco duraderas: « Yo la habría suprimido si hubiese escrito una novela. Yo sé que la heroína no debe tener más que un amor por un solo ser perfecto y para siempre; pero la verdad no es más que como puede ser, y no tiene otro mérito que el de ser como es; sus irregularidades son á menudo más agradables que la perpetua simetría que se encuentra en las obras de arte. »

Es así, á propósito de irregularidades, que esta pequeña aldea de Chamalières, conjunto singular de propiedades particulares, casas, prados, arroyos castañares y nogales, el todo encerrado entre muros bastante bajos, cuyas sinuosidades caprichosas forman un laberinto, se presenta á nuestra vista como el más exacto y alegre paisaje.

Mlle. de Lirón ha amado ya; esto ha hecho que sea una mujer, que sea fuerte, capaz de contenerse de resoluciones y de buen juicio; esto ha hecho que no dé un paso en las locas fantasías de una muchacha y que tenga presente que Ernesto no le es igual en edad, que apenas si ha comenzado su carrera, y que si se entregase ciegamente al amor de este muchacho, este amor no sería para siempre, ni siquiera para largo tiempo. No

cree ni remotamente en un porvenir alegre de vida campestre, de dominación amorosa ni de pastorías en aquellas bellas praderas de hierbas olorosas regadas por un arroyo, ó entre las rocas tenebrosas del valle de Villar, que está á dos pasos; no sueña con su Ernesto á su lado para toda la vida. Pero, paseándose con él por una larga avenida de castaños, saboreando las primeras emociones del adolescente sentados en un banco de esta misma avenida, le prepara para la llegada de M. de Thiézac, á quien esperan aquel mismo día. Le aconseja que se aproveche de su importante protección para entrar en el mundo, y le anuncia, con seriedad y confianza, que está decidida á casarse con M. de Thiézac, « pues — dice — mi padre, que es viejo y valetudinario, puede morir. Si ocurre esa desgracia me encontraré en el caso de una muchacha de diez y seis años, obligada á manejarse por sí misma sin tener tiempo para conciliar las conveniencias con sus gustos. Esto no quiero que suceda. »

La exaltación de Ernesto, su rabieta, su despecho irritado, sus lágrimas, el detalle del pañuelo, gracioso en su sencillez un poco vulgar, es lo que el narrador ha sabido pintar mucho mejor que podríamos adivinarlo. Bástenos decir que la firmeza amistosa de Mlle. de Lirón tuvo en jaque aquel día y el siguiente á Ernesto, que la frase *tú no eres más que un niño*, lanzada á propósito contra el amor propio del primo, acabaron de decidirle; que M. de Thiézac llega en una litera con un proyecto de contrato de matrimonio y un nombramiento para Ernesto y es recibido con todos los honores, y que Ernesto anuncia en voz muy alta, con orgullo, su repentina resolución de marcharse al día siguiente, muy temprano, á París. Pero, por la noche, cuando todos se han retirado á sus habitaciones, cuando el reposo reina en toda la casa, y que Mlle. de Lirón, después de haber hecho su acostumbrada inspección entra en su cuarto no sin pensar en el pobre Ernesto, á quien teme haber afligido con su última brusquedad, ¡ qué ve! El propio Ernesto está allí,

ha venido para decirle adiós, para reprocharle su dureza, para verla una vez todavía, y marcharse luego maldiciéndola... Pero Ernesto no sale de allí hasta la mañana; ebrio de dicha, bendiciendo á su prima, olvidando su reloj en aquel cuarto sagrado, prometiendo, bajo juramento inviolable, que no volvería hasta que pasase un año, durante el cual trabaría por su porvenir en el mundo. Ernesto había entrado en la habitación siendo niño y salía siendo hombre.

Aquella misma mañana el señor de Lirón recibió al despertarse una carta de su hija, en la que ésta anunciaba que después de haber reflexionado seriamente, creía un deber suyo rechazar la mano de M. de Thiézac y las ventajas con que éste quería honrarla.

Pasa un año. Y aquí es la ocasión de decir que Mlle. de Lirón era bella y en qué grado superlativo pues esta belleza se alterará al mismo tiempo que su salud, hasta entonces tan perfecta; y cuando Ernesto la vuelve á ver pasado el plazo prescrito, á pesar de su amor y de sus cuidados, cada vez más tiernos, ella leerá en sus ojos involuntariamente que ya no es la misma. Mlle. de Lirón es blanca como la leche; tiene los cabellos negros, los ojos de un azul de mar, género de belleza bastante común entre las mujeres del Cantal, donde su madre ha nacido. Era un poco gruesa, lo que no es despreciable, pero que perjudica un poco al ideal. Sin embargo, alabo de todo el corazón al verídico historiador que nos muestra á Mlle. de Lirón *un poco gruesa*, puesto que lo estaba en los comienzos de esta aventura; pero yo querría que se hubiese equivocado al recordarlo al final, cuando la practicaron una sangría con dificultad en la última enfermedad. A la larga, los sufrimientos debieron enflaquecer á Mlle. de Lirón. Mlle. Aissé, que murió, es verdad, de una tisis pulmonar, y no de un aneurisma al corazón, había llegado á estar muy flaca, como ella misma lo dice: « Estoy extremadamente flaca; mi cambio no parece tan

grande cuando estoy vestida. No estoy amarilla, pero, sí muy pálida; no tengo feos los ojos; con un peinado echado sobre la frente estoy aún bastante bien; pero mi desnudo no es tentador, y mis pobres brazos que aun cuando estaba buena han sido siempre feos y aplastados, parecen ahora dos palos de tambor. » Si Mlle. Aissé, aun en sus mejores tiempos, ha sido siempre *un poco flaca*, ciertamente le puede ser permitido á Mlle. de Lirón el haber sido *un poco gruesa*. Además, esto nos vale al comienzo de la historia una bonita escena doméstica de pastelería, en la que vemos ir y venir en la pasta las manos blancas y con hoyuelos y los brazos desnudos hasta el hombro de Mlle. de Lirón. Pero, lo repito, yo desearía que al final, en medio de los salones y de la sublimidad de sentimientos que dominan, no se hiciese mención de este insignificante detalle en tan noble personaje; la llama de la lámpara debía ser más débil á medida que lucía. Yo me imagino, para acordar mi deseo con la exactitud bien reconocida del narrador, que él debió saber por un testigo que la sangría en el pie fué muy dificultosa y atribuyó esta dificultad á que el pie permaneció gordo, siendo así que la sangría es lenta y penosa precisamente por la razón contraria. Sea como quiera, la noche de la vista y de la marcha de Ernesto, Mlle. de Lirón, pálida, en camisa, casi sobrecogida de temor, con sus hermosos cabellos cubriendo su rostro y sus ojos centelleantes por mil emociones, Mlle. de Lirón, en este momento, estaba en el colmo de su belleza y entraba en los linderos del ideal. Así la vió Ernesto y así quedó grabada su imagen en su corazón.

Puesto que conocemos el retrato de Mlle. de Lirón, puesto que me he atrevido á citar un pasaje de Mlle. Aissé enferma, que aun cuando sólo os da una idea incompleta de su persona nos permite entrever cuán viva y graciosa fué esta amable circasiana comprada como esclava, traída á los cuatro años á Francia, que fué codiciada por el Regente y poseída por d'Aydie; puesto que estoy en los rasgos físicos de las bellezas

que recuerda Mlle. de Lirón, y en el aire de familia que les es común, no quiero olvidar la *Cecilia* de las *Cartas de Lausanne*, esta muchacha tan verdadera, tan franca, tan sensata, educada con ternura por su madre, y cuya historia inacabada no dice sino que se enamoró sinceramente de un lord viajero, buen muchacho, pero demasiado niño para comprenderla, y que ella triunfó probablemente de esta pasión desigual por la firmeza de su alma. Aparte de esto, Cecilia tiene detalles de contraste y de semejanza con Mlle. de Lirón. Escuchemos á su madre, que nos la pinta: « Es bastante alta, bien hecha, ágil, tiene las orejas perfectas, y quererla impedir que baile es como querer impedir á un gamo que corra... Figuraos una frente bonita, una nariz bonita, los ojos negros, un poco hundidos, no muy grandes, pero muy brillantes y de mucha dulzura; los labios un poco gruesos y muy rojos, los dientes sanos, un hermoso cutis de morena, el color de las mejillas sonrosado, un cuello que engorda, á pesar de todos mis cuidados, una garganta que sería bonita si fuese un poco más blanca; el pie y la mano pasables; he aquí á Cecilia... Pues bien, sí, un guapo mozo de Saboya, vestido de muchacha, esto es. Pero no os olvidéis, para hacer una idea de lo bonita que es, de cierta transparencia en su tez, yo no sé qué de satinado y de brillante que se asemeja á una transpiración; es lo contrario del mate del empañado, es el satinado de la flor roja de los guisantes olorosos. He aquí bien á mi Cecilia; si no la reconocéis al encontrarla en la calle, la culpa será vuestra! Ahí, todo lo que Mlle. de Lirón tiene de hermoso por su blancura, Cecilia lo tiene por tez morena; lo que la una tiene de común con las mujeres del Cantal, la otra lo tiene con los muchachos de Saboya: el cuello visiblemente engordado de Cecilia es lo que da carácter de realidad á la descripción, como el ser un poco gruesa añade un rasgo característico al retrato de Mlle. de Lirón.

Porque no se nos aparecen poetizadas como Laura ó como Medora, no son menos adorables las dos, y nos

estimariamos menos afortunados si consiguiéramos enamorarlas ó poseer á una de las dos, no importa cuál.

Pero, en todo esto, ha pasado un año. Ernesto, secretario de la Embajada de Roma, ha recibido orden de regresar; marcha mañana á París y de allí corre á Chamalières. Cornelia es una bella y joven condesa romana que está enamorada de Ernesto. Ernesto le ha confesado lealmente que no podía concederle su corazón, pero Cornelia no ha dejado de amarle. No es un héroe de novela Ernesto: le hemos conocido adolescente, vivo, impetuoso, de fisonomía espiritual, ni guapo ni feo; ha llegado á ser hombre, dedicado á los negocios públicos, moderadamente asequible á las distracciones de la vida, fiel á su querida y tierna Justina, pero no insensible para con Cornelia. Ernesto es un hombre tan distinguido como amable: Mlle. de Lirón ha querido hacerle así y lo ha conseguido. En algunos momentos, sobre todo más tarde, yo querría que fuese otro; no lo querría tan abnegado, tan sumiso, tan apegado á la almohada de su amiga moribunda, Ernesto en todo eso es perfecto, su delicadeza impresionada, merece que ella le diga llorando, apretándole una mano: « ¡ Oh, tú entiendes este lenguaje, tú sabes amar! » Ernesto es perfecto, pero no es ideal; — mas después de este amargo y religioso dolor de una amiga muerta por él, muerta entre sus brazos; después de esta santificadora agonía que otro amante habría ido á encerrarse en un claustro para rogar eternamente por el alma de su amada, él entra por grados en el mundo y encuentra medio con el tiempo de obedecer á la que ha vuelto para amarle como una madre, y acaba por casarse para ser *razonablemente dichoso*. El caballero de Aydie me satisface más. En él los dolores son de tal manera irremediables y á la vez fecundos, como los que á pesar de lo frágil de nuestra naturaleza y de negarlos la experiencia, nosotros nos obstinamos en concebir eternos, débiles, inconstantés, mediocres nosotros mismos, queremos el sacrificio heroico de los seres que han inspirado grandes pasiones y que han

sido causa de grandes infortunios; nos los imaginamos como fijos en esta tierra, en un estado de sublimidad á donde el impulso de su noble pasión los llevó. Pero no estábamos más que en su salida de Roma.

Cuando Ernesto, aprovechando su permiso, llega á Chamalières, encuentra al señor de Lirón muy decaído á consecuencia de un ataque y Mlle. Justine enferma desde hace cerca de un año. Quiere ocultar bajo su aspecto de indiferencia y de alegría sus temores por los dos. El nuevo estado de los dos amantes, el embarazo de ambos durante los primeros días, el tic-tac del reloj, que aun continúa colgado en el cuarto de ella, la cena de los dos en un solo plato (1), esta segunda noche que pasan victoriosamente y que deja intacta y única la del 23 de Junio, las razones por las que Mlle. de Lirón no quiere ser ni la mujer ni la querida de Ernesto, la confesión que ella hace de su primer amante, esta vida de castidad en la que hay manos besadas, lágrimas que caen en las manos y admirables diálogos, por último la enfermedad que avanza, la promesa que ella obtiene de él de que se casará, la agonía y la muerte, todo esto forma la mitad del volumen patético y púdico en el que el alma del lector navega entre las emociones más verdaderas y más nobles. Escuchemos á Mlle. de Lirón en esta segunda noche. Lo que dice no puede traer consigo ni rubor ni arrepentimiento: « ¡ Ay, amigo mio, créeme: es preciso

(1) Algunas personas han criticado esta comida de Ernesto y de Mlle. de Lirón. Para mí, lo confieso, en esta comida muy frugal aunque apetitosa, que una privación grande preside, no tiene nada de chocante, como me ocurre en la encantadora correspondencia de Diderot con ciertas declaraciones sobre los quince malos días en los que Mlle. de Voland paga un vasito de vino y una pata de perdiz que sobran; y tampoco es el caso epicúreo de Ninón vieja cuando escribe al viejo Saint Evremond: « ¡ Qué envidia me causan los que van á Inglaterra y cómo deseo el placer de comer una vez más con vos! ¿ No es grosera el desear una comida? El espíritu tiene grandes ventajas sobre el cuerpo; sin embargo, el cuerpo suministra pequeños placeres que consuelan el alma en sus tristes pensamientos. » Aquí, en el *léte-á-léte* de los dos amantes, el sabor de realidad dado por el pequeño festín se aumenta por el sacrificio.

dejar á la dicha que venga de buen grado; la dicha no se la hace. ¿Has intentado tú siendo niño poner un pie en la huella que dejó el otro? Eso no se logra, pues siempre se estropean los bordes. Somos bien dichosos. Poco ha faltado para que estropeásemos hoy nuestra hermosa dicha del año pasado. Créeme, dejemos, pues, intacto nuestro 23 de Junio. El destino lo dispuso así, Dios lo ha querido; así su recuerdo no nos traerá más que alegría. »

Si Ernesto hubiese vivido en una época cristiana, quiero creer que no se habría casado después de la muerte de su amiga y que habría entrado en algún convento ó, al menos, en la Orden de los caballeros de Malta. Si Mlle. de Lirón hubiese existido en esa otra época, se habría inquietado sin duda por su falta como Mlle. Aissé, y hubiera exigido otro confesor mejor que su propio amante, habría procurado despertar sus remordimientos. Es, al contrario un rasgo perfecto y natural de la mujer de nuestro tiempo, cuando dice : « Sabes, Ernesto, durante tu ausencia y con la esperanza de aminorar la pena que yo sentía por no verte, he hecho muchos esfuerzos para ser devota de Dios. Pero es preciso que lo confiese — añadió con una de esas sonrisas angelicales que se sorprenden en los labios de los enfermos resignados, — no he podido. Me avergüenzo, pero te lo digo : Todavía, ahora, veo que entre la devoción y el amor no hay el espacio que puede ocupar un cabello; pero yo no he podido franquearle. ¡ Ay ! ¿ Es preciso que todo te lo diga? Ese libro que ves ahí (mostraba la Imitación de Cristo); ha hecho mis delicias; lo he leído noche y día. Dios me lo perdonará; así lo espero, pues que lo confieso sinceramente; en cada línea yo sustituía su nombre con el tuyo. Si, mi vocación, el objeto de mi vida, era sin duda amarte, y lo que me lo hace creer es que todo lo que yo he hecho para probártelo no excita en mi alma el más pequeño remordimiento. »

Hemos oído algunas personas de recto juicio reprochar á Mlle. de Lirón el ser en la segunda mitad

de su historia diferente de la Mlle. Lirón de la primera; el haberse modificado, convertido en platónica; y en cierta manera, espiritualizada debido á su aneurisma; de tal manera que no reconocemos en ella á la misma persona que amaba la pastelería con tanta gracia y que tuvo un amante. Este reproche no nos parece fundado. El cambio tan sensible operado en Mlle. de Lirón, á medida que leemos en su corazón y que su buena salud se altera, no es difícil de concebir, como no lo son los cambios ocurridos en otras mujeres á causa de una rápida invasión del amor. Los indiferentes exclaman con un aire de sorpresa, : « ¡ A fe mía que nunca hubiera supuesto esto ! » Y sin embargo, en la historia de Mlle. de Lirón, como en la vida actual, esto ocurre; eso, es preciso confesarlo, existe todos los días. Respecto á las circunstancias de la reincidencia y á la objeción de que había tenido ya otro amante, no son mayores obstáculos ó, más bien, no los temeré, para declarar que es, creo, uno de los puntos mejor observados y que está más de acuerdo con la experiencia más refinada del corazón. Toda mujer organizada para amar, toda mujer no coqueta y capaz de concebir una pasión (hay pocas, sobre todo en Francia), es susceptible de un segundo amor, si el primero se inicia en ella siendo muy joven. El primer amor, el de los diez y ocho años, por ejemplo suponiéndole tan ardiente y tan avasallador como se le quiera suponer, y rodeándole de las circunstancias más favorables para él, no se prolonga nunca hasta los veinticuatro. Entonces hay un intervalo, un sueño del corazón, durante el cual se preparan nuevas pasiones y se amontonan deseos definitivos. Mlle. de Lespinasse, después de haber llorado amargamente y haberse consagrado en el pensamiento á su Gustavo, se deja enamorar por M. de Guibert, le ama con los remordimientos de ser infiel á su primer amante, y muere inocente y consumida entre las llamas y los suspiros.

Si Mlle. de Lirón no fuese para nosotros sino una encantadora composición literaria; si no la amásemos

como á una persona á quien hubiésemos conocido con sus defectos y su lenguaje singular, le responderíamos ciertas palabras que podrian parecer extrañas á oídos no acostumbrados á escucharlas. No querriamos que dijese á su amigo : « Vous connaissez les êtres. — Mets ton épaule près de l'oreiller, afin que je m'accote sur toi. — Dans toutes les actions de ma vie, il y a toujours eu quelque chose qui ressortissait de la maternité. » Mlle. de Clermont, en Chantilly, no se expresó así hablando con M. de Meulan; pero Mlle. de Lirón era provinciana; el acento y sus expresiones familiares quedaron tan grabadas en la memoria de los que la conocieron, que juzgaron necesario transmitirnoslas.

Réstanos, para rendir un completo homenaje á Mlle. de Lirón, decir algunas palabras de los dos opúsculos emocionantes en los que hemos reunido toda su aventura. Debemos alabarla mejor que alabar lo que á ella le parece divertido, lo que la atrae secretamente modesta y misteriosamente desde la mesita de caoba de la biblioteca instalada cerca de su almohada, allí donde antes estaba el oratorio. Las *Cartas de Lausanne*, publicadas en 1788 por Madama de Charrière (1), y hoy muy raras, se componen de dos partes. En la primera, una mujer de la clase escogida establecida en Lausanne; la madre de la bonita Cecilia cuyo retrato hemos citado, escribe á una amiga suya, que vive en Francia, los detalles de su vida, el pequeño mundo que ve, los pretendientes de su hija y las preferencias de esta querida niña que ella adora, todo con detalles infinitos y con un pincel que pone luz en cada cara de su vivienda. El enamorado preferido es un joven *lord* que viaja con uno de sus parientes, que es su tutor. Ama á Cecilia; pero no como un hombre ya hecho ni con serios propósitos, y así su madre quiere

(1) He hablado más tarde y con más detalles sobre Madama de Charrière, en el artículo separado que se puede leer en el presente volumen, así como acerca de Mlle. Aissé (ver *Últimos Retratos*, el tomo III de *Retratos Literarios* edición de 1864). Esta vez no ha sido un primer intento.

curarla de este amor y ella misma también lo desea. Abandonan Lausanne para ir al campo, y se disponen á visitar la pariente que habita en Francia; esta es la primera parte. La segunda contiene letras del tutor del joven lord á la madre de Cecilia, en las que cuenta su novelesca historia y la de la bella Calixta. Calixta, que había conservado este nombre por haber debutado en el teatro con *The fair Penitent*, vendida por una madre cúpida á un lord, había tenido pronto arrepentimiento, y observaba una vida irreprochablemente decente y elevada por sus talentos y su gracia. Pero conoció al mozo que escribe estas cartas, y le amó. No se podría pintar mejor el encanto, el pudor de este amor correspondido, de sus abandonos y de sus luchas, de la resistencia sincera de la amante y de la sumisión plañidera del enamorado. « Un día le dije : No puedes decidirme á entregarte y al mismo tiempo querrias haberte entregado ya. — Eso es verdad — me contestó, — y esta confesión no me hizo obtener nada y tampoco me invitó á pedir. No creáis que todos nuestros momentos fuesen crueles y que nuestro estado no tuviera ciertos encantos; los tenía y provenían de su misma extravagancia y aun de las privaciones... Sus caricias, si digo la verdad, me producian más miedo que placer; pero la familiaridad que había entre nosotros era tan deliciosa para el uno como para el otro. Tratado algunas veces como un hermano, ó más bien como una hermana, este favor me era precioso. » Es, como se ve, sobre poco más ó menos, la situación de la segunda noche de Ernesto y Mlle. de Lirón; pero aquí no había habido la primera, y las mismas razones de paciencia no existían. El padre del mozo se opuso al matrimonio con Calixta; á esta oposición siguieron mil males, cuyo final fué la muerte de Calixta. No se puede leer este final sin sentirse los ojos anegados en lágrimas que ciegan, según una bella frase que he encontrado.

Las *Cartas de Lausanne* son uno de los libros queridos por las gentes de buen gusto y de sensibilidad, una de

esas lecturas frescas y sanas en las que á través de pequeñas negligencias, se encuentran esos pensamientos que *saltaron del corazón al papel*. Así lo dice el historiador de Mlle. de Lirón.

En cuanto á Mlle. de Aissé hay más y mejor. Son verdaderas cartas escritas á una amiga confidente, destinadas á morir poco después de nacer, y encontradas y publicadas por la nieta de la amiga. M. de Ferriol, embajador de Francia en Constantinopla, compró en 1698 á un vendedor de esclavos, una preciosa niña que apenas tenía cuatro años. Era circasiana é hija de un príncipe según le aseguraron. La trajo á Francia y la hizo educar muy bien; abusó de ella, según parece, cuando la creyó en edad oportuna, y al morir, la dejó una renta de 4.000 libras. Mlle. Aissé vivía en casa de Madama Ferriol, cuñada del embajador y hermana de Madama de Tencin. D'Argental, que se carteaba con Voltaire et Pont-de-Veyle era hijo de Madama de Ferriol y amigo de infancia de Mlle. Aissé. Aunque Madama de Ferriol, mujer exigente, seca y agria, no tuvo para con Mlle. Aissé esos cuidados que inspira la bondad de alma, la joven griega, como la llamaban, era el ídolo de una amable sociedad que no era severa; Mlle. de Parabère, Madama du Deffand, lady Bolingbroke, la buscaban y se la disputaban. El Regente la codició, y á pesar de los *buenos oficios* de Madama de Ferriol, se estrelló contra la virtud de Mlle. Aissé; pues aun cuando siendo niña M. de Ferriol había abusado de ella, no marchitó ni la delicadeza ni la virginidad de su corazón. El caballero d'Aydie fué la roca contra la que se rompió este corazón. El caballero era agradable por su ingenio y por su figura, sensibilidad ligeramente novelesca; era caballero de la Orden de Malta; pero había tenido un gran éxito en la Corte: la duquesa de Berry le había distinguido y honrado como corresponde á una princesa. Se acercó á Mlle. Aissé y se inflamó en su alma una pasión que desde entonces fué su única ocupación y el solo objeto del resto de su vida. Ella participó desde el principio de

esta pasión, y por escrúpulo quiso huir, pero no pudiendo, cedió. El caballero quería hacerse relevar de sus votos de Malta y casarse con ella; pero Aissé se opuso, siempre mirando á la consideración mundial de su amante y la salvación de su alma. Esto mismo se ve en las cartas latinas de Eloisa á Abelardo, oponiéndose á ser la mujer del teólogo; pues aun cuando entonces estaba permitido, no era muy honroso para las gentes de sotana y prefirió ser solamente su querida, con objeto de que la mancha recayese sobre ella y no tocase al nombre de su ilustre amigo. Mlle. Aissé opuso análogos razonamientos á su caballero. Tuvo de él una niña que parió en secreto, gracias á Lady Bolingbroke, y esta dama colocó á la criatura en el convento de Lens como sobrina suya. Habían acaecido estos sucesos, cuando una amiga de Madama de Ferriol, Madama de Calandrini de Génova, vino á Paris y entabló una estrecha amistad con Mlle. Aissé. Esta señora era una persona de virtud y de religión; Mlle. Aissé le confió todo su pasado, sus escrúpulos aun frescos, y los remordimientos que sentía por su amor invencible. Madama de Calandrini le dió buenos consejos, le hizo prometerle que á su marcha le escribiría á menudo, y estas cartas preciosas son las que poseemos. Nunca la sociedad de aquel tiempo fué mejor descrita. nunca se ve un alma que somete su amor á la religión exhalar suspiros más profundos ni perfumes más incorruptibles. Su estilo delata al siglo xvii y á la mejor sociedad de entonces. En una palabra: es un tesoro, para *esos buenos ingenios que conocen las entrañas* de que Mlle. Aissé habla en un pasaje.

La sociedad se muestra aquí y allá en algunas líneas, en una rápida degradación, y en su frivolidad mezcla de horrores. Los amantes que cada mujer toma y deja en un mismo día; los furores en el teatro por ó contra la Lemaure y la Pelissier; el duque de Epernon, que por su manía de cirugía va trepando á derecha y á izquierda y mata á la gente para satisfacer su capricho de operador; la repentina moda de las *découpures*,

como más tarde la del *parfilage*; pero que llegó tal punto, que se recortaban estampas que valían cien libras cada una. « Si esto continúa llegarán á recortar los Rafael. » La forma en que acogen los rumores de guerra : « Hablan de guerra; nuestros caballeros la desean mucho, y nuestras damas se alligen medianamente; hace mucho tiempo que no saboreamos el aliño de los temores y de los placeres de las campañas; estas señoras desean ver cómo estarán de afligidas durante el tiempo de ausencia de sus maridos. » Se oyen todos esos relatos fieles, se asiste á la descomposición del gran reino, al despilfarro de los sentimientos, del honor y de la fortuna pública, se exclama con la generosa Mlle. Aissé : A propósito, hay un horrible asunto que pone los pelos de punta; es demasiado infame para poder ser escrito, pero todo lo que ocurre en esta Monarquía anuncia muy bien su desaparición ; Cuán prudentes son ustedes al mantener las leyes y al ser severos ! Se comparte con ella el virtuoso consuelo que ofrece á su amiga para sus privaciones y sus pérdidas : « Por muy grandes que sean las desgracias que proporciona el azar, son mucho más crueles las que uno mismo se proporciona. ¿ Cree usted que una religiosa expulsada y que un *cadet* cardenal (los Tenein) son dichosos colmados de riquezas? De buena gana cambiarían su pretendida dicha por vuestros infortunios. »

Sin embargo, la salud de Mlle. Aissé se altera por momentos; su pecho es presa de una tisis mortal. Se decide á cumplir las prácticas religiosas. El caballero consiente en una admirable carta de sacrificio y de sencillez que él mismo le entrega. Ahora bien, para busear á un confesor es preciso ocultarse de Madama de Ferriol, molinista (secta) enredadora, que haría de esta conversión, un asunto de partido. Mlle. Aissé recurre á Mlle. du Deffand y á la buena Madama de Parabère quien la ayuda de todo corazón : « Veo que estáis sorprendida de la selección que he hecho de mis confidentes; ellas son mis guardas; y sobre todo,

Madama de Parabère, que casi no me abandona un momento, y siente hacia mí una amistad que me asombra con sus cuidados, sus bondades y sus regalos. De ella y de sus gentes y de todo lo que posee, dispongo como ella misma, y aún más; se encierra en mi casa conmigo privándose del resto de sus amistades, me sirve sin aprobarme ni reprenderme y me ha ofrecido su carroza para enviar en busca del Padre Boursault, etc.... » Lo que nos emociona tanto como la piedad y la ternura de las que Mlle. Aissé es edificante modelo, es el inconsolable dolor del caballero en sus últimos momentos. Todo el mundo se apiada de él y todos quieren asegurarle que su amante no morirá. Cree que á fuerza de liberalidades comprará de nuevo la vida de su única amiga, y da toda su casa, *hasta la vaca* para la que *ha comprado heno* : « Da al uno, para que su hijo pueda aprender un oficio; al otro, para que pueda tener adornos de piel y cintas; á todo aquel que se encuentra y se presenta delante de él, llegando casi hasta la locura. » ¡ Sublime locura, en efecto; locura, sobre todo, puesto que es constante, y que la existencia entera del caballero fué consagrada al recuerdo de la difunta y al cuidado de la niña hija de sus amores ! Pero nosotros somos más razonables aparentemente que lo eran las gentes casi bajo el reinado de Luis XV; sabemos conciliar maravillosamente la religión de los muertos con las conveniencias del momento; tenemos propósitos solemnes y acciones positivas; lo real nos consuela buenamente de lo invisible y he aquí por qué el historiador de Mlle. de Lirón no ha sido más que verídico, y nos hace saber que Ernesto llega á ser *razonablemente dichoso*.

Julio, 1837.